



Tertulias Literarias



"Si uno es escritor, escribe siempre, aunque no quiera hacerlo, aunque trate de escapar a esa dudosa gloria y a ese sufrimiento real que se merece por seguir una vocación."

- Carmen Laforet

En la introducción del volumen *Mis páginas mejores*, publicado por la Editorial Gredos en 1957, Carmen Laforet, casi siempre reacia a hablar de su vida privada, nos cuenta sus primeros años, antes de la publicación de su novela *Nada*:

Aunque es muy difícil escribir una autobiografía en pocas líneas –y, en realidad, también en muchas-, quiero daros aquí alguna idea de mi propia vida personal antes de que leáis las anotaciones hechas por mí delante de cada uno de mis libros explicando su cronología respecto a mi vida y aquello que me inspiró el deseo de hacerlos.

He nacido en Barcelona, el 6 de septiembre de 1921. En enero de 1944 –a los 22 años- empecé a escribir mi primera novela: Nada.

En el intervalo entre esas dos fechas mi vida se había ido modelando de la siguiente forma:

En 1923 –a punto de cumplir dos años-, fui con mis padres a Canarias. Mi padre era arquitecto y también profesor de la Escuela de Peritaje Industrial. Nuestro traslado a Canarias se debió a necesidades de este profesorado. Yo recuerdo a mi padre muy joven, bien constituido, muy deportista. Tenía la costumbre de fumar en pipa y usaba una excelente mezcla inglesa cuyo olor se ha quedado en mí –así como el de los encerados corredores de la casa de Las Palmas- como uno de los olores inconfundibles de mi infancia.

Mi padre era hijo de sevillanos, de origen nórdico (de origen francés mi abuelo, y vasco mi abuela). Mi padre se había educado en Barcelona. Era un blandirista notable y tenía un barco propio. Había sido campeón de tiro al blanco con pistola en su juventud, y también teníamos en casa copas obtenidas en carreras de bicicletas. El nos enseñó a nadar a mis hermanos y a mí, a soportar fatigas físicas sin quejarnos, a hacer excursiones por el interior de la isla... y a tirar al blanco con pistola, cosa en que yo fui siempre más torpe que mis hermanos.

Mi madre era toledana. Hija de una familia muy humilde, había hecho los estudios de primera enseñanza en la escuela de niñas pobres de unas monjas. Más tarde, obtuvo una beca para estudiar magisterio. Mi padre la conoció como alumna en una época en que él, accidentalmente, dio clases de dibujo en la escuela Normal de Toledo-

Mi madre al casarse tenía dieciocho años; veinte al nacer yo –fui el primer hijo del matrimonio-, y treinta y tres el día en que murió en Canarias. Yo la recuerdo como una mujer menuda, de enorme energía espiritual, de agudísima inteligencia y un sentido castellano, inflexible, del deber. Era una mujer de una elegancia espiritual enorme. Recuerdo también su bondad. Tenía el don de la amistad. En Las Palmas aún hay muchas personas que la querían y la recuerdan vivamente... Ella nos enseñó a mis hermanos y a mí la valentía espiritual de la veracidad, de no dejar las cosas a medias tintas, de saber aceptar las consecuencias de nuestros actos. En mi época de Canarias entran también mis dos hermanos Eduardo y Juan, con quienes siempre me he sentido compenetrada; y entra también más tarde una madrastra, que, a pesar de todas mis resistencias a creer en los cuentos de hadas, me confirmó su veracidad, comportándose como las madrastras de esos cuentos. De ella aprendí que la fantasía siempre es pobre comparada con la realidad. (¡Esto antes de haber leído a Dostoevski!)

En el año 1939 –exactamente en septiembre- volví a Barcelona, donde viví tres años. Después de este periodo vivo en Madrid. He frecuentado –sin terminar ninguna de las dos carreras comenzadas- las Universidades de Barcelona y Madrid. He leído mucho. La vida me ha interesado en todos sus momentos, tanto en los malos como en los buenos. Cuando vuelvo la vista atrás, veo que todos esos años se han combinado para hacerme una persona capaz del difícil don de sentir la felicidad, y humildemente creo que hasta de derramarla en un círculo muy íntimo.

GRUPO A



Tertulias Literarias

Hasta aquí la historia de una muchacha de veintidós años. De esa época en adelante sabréis todo aquello que tenga conexión con mis libros en las pequeñas notas que he escrito al comenzar los distintos periodos de mi obra. Por estas anotaciones y por los fragmentos de mis libros veréis que, si mis novelas están hechas de mi propia sustancia y reflejan ese mundo que –según os explicaba antes- soy yo, en ninguna de ellas, sin embargo, he querido retratarme.

Efectivamente, a los 18 años, justo al acabar la guerra civil española volvió a Barcelona a casa de sus abuelos- que vivían en la misma calle Aribau donde ella había nacido y en donde está situada su novela, y allí empezó a estudiar la carrera de Filosofía y Letras. Tres años más tarde se trasladó a Madrid donde en unos meses escribiría *Nada* que, aunque no es una novela estrictamente autobiográfica, es el fruto de sus experiencias en esos años. Cuando escribió *Nada*, que obtuvo el primer Premio Nadal, tenía 22 años y el éxito que obtuvo en plena juventud marcó su carrera de escritora. *Nada* fue considerada la mejor novela española contemporánea y el libro más vendido del momento. Recibió también el Premio Fastenrath, de la Real Academia de la Lengua Española en 1948, y el conjunto de elogios que incluía artículos firmados por Juan Ramón Jiménez (de un poema suyo salían el título y la cita inicial de la obra), Ramón Sender, Azorín, y críticos como Melchor Fernández Almagro, José María de Cossío o Pedro Laín Entralgo demuestran el impacto que dentro y fuera de nuestras fronteras tuvo la publicación de un libro que revolucionó el panorama literario de la posguerra española. Actualmente *Nada* está considerado como un clásico, se reedita de manera continua, es estudiada en los departamentos de español de todo el mundo, ha sido traducida a numerosos países y le ha asegurado a Carmen Laforet un puesto de honor en la historia de la narrativa española.



Cuando se habla de Carmen Laforet siempre se destacan tres cosas: es la autora de *Nada*, recibió el prestigioso premio Nadal e inmediatamente se hace alusión al silencio en el que culminó su carrera de escritora comparándola en algunos casos al escritor mexicano Juan Rulfo. Pero si bien es cierto que la escritora se retiró voluntariamente del mundo literario de la época, de sus envidias, enemistades y rencillas, y que se la puede considerar una escritora poco prolífica, publicó otras excelentes novelas: en 1952 apareció *La isla y los demonios*, que tiene como protagonista a una adolescente, Marta Camino, basándose en su propia experiencia juvenil en Las Palmas de Gran Canaria. *La mujer nueva* (1955) que ganó el Premio Menorca de Novela de 1955 y el Premio Nacional de Literatura de 1956, narra la aventura espiritual de la protagonista y su conversión al catolicismo. En 1963 publicó *La insolación*. Esta última novela formaba parte de una trilogía *Tres pasos fuera del tiempo* que no llegó a completarse. El segundo tomo *Al volver la esquina*, que ella no se había decidido a publicar, se editó póstumamente en el año 2004. Escribió además, siete novelas cortas, veintidós cuentos, narraciones de viaje e innumerables artículos para periódicos y revistas.

Carmen Laforet se casó en 1946 con el periodista y crítico literario Manuel Cerezales con el que tuvo cinco hijos. El matrimonio se separó en 1970.

En 2003 se publicó *Puedo contar contigo*, que contiene la relación epistolar entre Carmen Laforet y el escritor Ramón J. Sender, un total de 76 cartas en las que la escritora le cuenta sobre su vida familiar, los hijos, sus dificultades de ser y escribir como mujer, la inseguridad frente a su obra de la que se muestra muy crítica.

Su paulatino distanciamiento de la vida pública se aceleró debido a una enfermedad degenerativa que afectaba a la memoria y que la dejó sin habla en los últimos años de su vida.

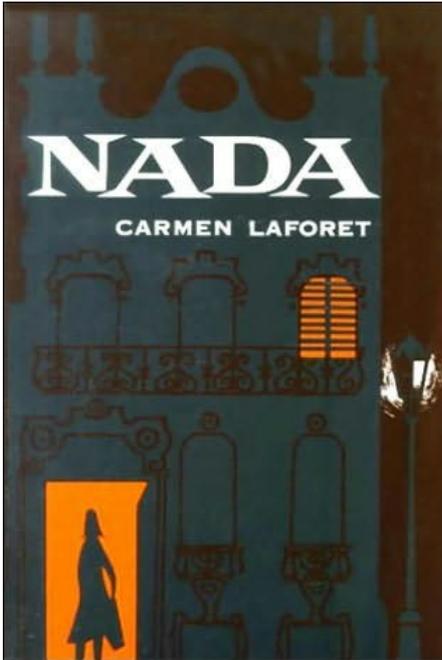
En 2009 su hija, Cristina Cerezales publicó el libro *Música Blanca* en el que, en un diálogo sin palabras con su madre, emprende un recorrido por los senderos de la memoria en el que abundan detalles reveladores que permiten entender en profundidad su vida y su obra.

Carmen Laforet murió en Madrid el 28 de febrero de 2004.



Todo sobre la chica de 'Nada'

Nada: inopinado oasis en pleno erial literario de 1945. Un relámpago, primera novela de una chica de 24 años que estrenó el premio Nadal de la editorial Destino. Éxito total. Inmediatamente, sonrisa de ella que será una máscara. Y también, un "querer ser invisible", un horror en caída libre hacia la página en blanco y una huida sinfín que acabará, reforzada por una enfermedad neurovegetativa, con la imposibilidad de levantar un bolígrafo.



Es la triste vida de Carmen Laforet, estrella rutilante de las letras españolas de posguerra y ahora motivo de una primera biografía con la que Anna Caballé e Israel Rolón, han obtenido el premio Gaziol 2009. *Carmen Laforet. Una mujer en fuga* (RBA) son 515 páginas rebosantes de material inédito, de las que puede extraerse una gran conclusión, según Caballé: "Uno se ha de enfrentar a sus fantasmas; huir de ellos acaba teniendo un coste brutal". El libro rebosa de dramáticos espectros.

- Cenicienta en Canarias. ¿Fue feliz alguna vez Laforet? A ratos. Sin duda, los dos años que pasó de pequeña en el piso de sus abuelos, donde nació el 6 de septiembre de 1921, y hasta noviembre de 1923, cuando la familia marchó a Las Palmas. La felicidad total se alargó sólo hasta 1934, cuando su madre muere. El marido se casó con la peluquera de su mujer, que se esmeró en borrar a la madre de unos niños a los que mortificaría. Y el padre lo consintió. "Carmen le adoraba y su actitud la destrozó". Lo disimuló con su pose fantasiosamente despreocupada, una máscara. Al final, una obsesión: la figura de una odiosa madrastra es omnipresente en tres de sus novelas, con protagonistas huérfanos: *Nada* (1945), *La isla y sus demonios* (1952) y *La insolación* (1963).

- A la literatura, por un abrigo. Un chantaje moral al padre y el pretexto de los estudios de Filosofía y Letras la llevan a su primera huida: Barcelona. Pero el piso de los abuelos ya no es el paraíso: es fiel reflejo de la gris ciudad española de posguerra, miseria que aguantó nueve meses y que, unida a un amor frustrado,

serán el germen de *Nada*. No tiene dinero para comprar un abrigo, así que instigada por su tía Carmen se presenta en diciembre de 1942 a un premio literario del Frente de Juventudes. Lo gana. Y gracias a una de las 600 cartas que escribirá, dará pistas de que prepara una novela.

- El doble filo de '*Nada*'. Como un relámpago: el último día de convocatoria del primer premio Nadal aterriza un paquete con *Nada*. Deslumbrante: la frustración que destila la sociedad de la inmediata posguerra y la perspectiva femenina le dan la victoria contra pronóstico. El amigo intelectual de su mejor amiga, Manuel Cerezales, la ha inscrito tras leerla y sugerirle cambios. ¿Y de que la retocara? "Vi el manuscrito original y no hay nada de nadie más", testimonia Caballé. Del éxito al enigma pasan apenas semanas: 5.000 pesetas de premio (vivía con 200 al mes de su padre), libro más vendido de 1945, pero también cosas extrañas: "La escribí en ocho meses", declara, cuando la rehacía y rompía desde dos años atrás. ¿Por qué mentir?

- Patito feo entre intelectuales. Sorprende la falta de calado intelectual y hermetismo del personaje, que contrasta con las virtudes de la obra. "Ella no quería ser escritora profesional, quería vivir y de golpe se vio fiscalizada y eso la rompió emocionalmente". A la familia *Nada* le ha sentado fatal, al verse retratada por los cuatro costados. Cerezales, con quien se casa embarazada de dos meses en otra muestra de su espíritu libre, le dice que la literatura no es autobiografía... Empiezan las inhibiciones y presiones: tendrá cinco hijos entre 1946 y 1957 y las necesidades económicas la fuerzan a un articulismo olvidable y a unos cuentos algo mejores (*La llamada*, 1954). Nueva huida: así retrasa afrontarse a otra novela. Lo detecta y se lo dice Ramón J. Sender desde su exilio en EE UU. Será el único intelectual que la respetará. "Nada está escrita con toda libertad y fuerte componente autobiográfico; forzada por las inhibiciones, se volvió muy costumbrista: quería que su obra no transparentara". La tumba la sellaría Cerezales, de quien se separará en 1970 con la condición de que firmara ante notario que no podría escribir nada sobre sus 24 años de vida conyugal. "Mi pulverización como ser humano".

- Mujeres, anfetaminas, tarot. La vocación se le fue esfumando poco a poco. En 1964, confiesa: "soy una mala escritora". Desesperada, vive ya desde 1952 una etapa de misticismo religioso. Queda para rezar por las mañanas con una nueva amiga, Lili Álvarez, famosísima tenista finalista en Wimbledon. Pero esa conversión religiosa parece ser fruto del amor: se dibuja una pulsión homosexual. "Siempre buscó mujeres fuertes, bíblicas, pero no creo que consumara su homosexualidad: se reprimió".



Ni viajando de verdad (París, EE UU, Roma...) se aleja de sus dificultades. Al contrario, recrudescen: desde los 60 avanza una enfermedad neurovegetativa y vive en un constante tiovivo emocional, quizá debido al Minilip, medicación a base de anfetaminas para adelgazar. "Digamos que le acabó gustando la química", suaviza la biógrafa. "Escribir me da una pereza casi invencible (...). Me horroriza, pero así, patológicamente, cualquier forma de aparición en público". Escribe, cuando puede, y rompe. Nada le gusta. Tanto, que ni devolverá nunca corregidas las galeradas que en 1973 le hacen llegar de Al volver la esquina. "Sabía que ese libro no estaba ya nada bien", cree Caballé. La desesperación la llevó a aficionarse al tarot, al que acabaría consultando su vida. Pero llegó a un bloqueo físico y mental que no podía ni levantarse de la cama, ni firmar un cheque. "Tengo que realizar algo bueno, malo o regular, pero realizarlo", se grita. El 28 de febrero de 2004 falleció, quizá con la sensación de que los fantasmas habían ganado.

La escritora y los demonios

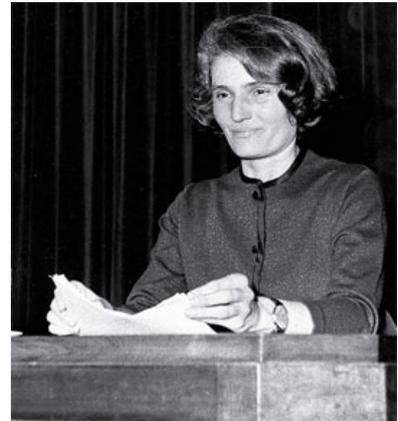
Por Nuria Amat

Ocurre, algunas veces. El artista de la palabra queda amarrado en su puerto de silencio. Su obra maestra actúa como una suerte de cataclismo. Los otros (me refiero a críticos, escritores, libreros, docentes y también lectores), advertidos de la exclusividad irreplicable de una obra de arte, y no suficiente preparados para darle el justo valor que se merece, tratan de silenciarla. El escritor queda solo, a la deriva, en su isla de incompreensión rotunda.

¿Estamos hablando de una especie rara de escritores del silencio?

Por supuesto, que no. Son, por el contrario, aquellos escritores dotados de la destreza de narrar lo que no se dice, lo oculto, lo mal llamado "íntimo", como suele calificarse cada vez que la firma de la obra corresponde a una autora de calidad. Me refiero, entre otras, a Chejov, Kafka, Dickinson, Rulfo... y, claro está, Carmen Laforet.

Creadores, en suma de obra única. Un gran libro. Una gran novela, cuya calidad ahoga al escritor y lo convierte, muy a pesar suyo, en viajero de obra única. Cuando esto ocurre, no hay salvación en la escritura ni tampoco en la no escritura.



Dos son los grandes escritores silenciosos en la lengua española contemporánea. Un mexicano: Juan Rulfo. Y una catalana: Carmen Laforet.

¿Escritora catalana o española? ¿Quién había hecho caso antes a su verdadera identidad? Por arte de magia y de política cultural, la muerte de Laforet, a sus 82 años, produjo para el público mediático y lector un nuevo nacimiento como escritora catalana. ¿Desde cuándo? Pero, ¿no era la escritora de Nada, ganadora del Premio Nadal (1944), una autora española? Así lo creímos durante casi cincuenta años. De Carmen Laforet nadie tenía noticia alguna. Hasta su muerte, ocurrida, cuarenta años después de haber recibido el Premio, Cataluña jamás había reivindicado a Laforet en el trono de sus Letras Patrias, teniendo en cuenta, además, que Nada era una novela que retrataba como ninguna otra, la Barcelona de la posguerra. Laforet: la olvidada. La silenciada. La desconocida.

Hasta tal punto era así, que el mundo literario la daba por muerta.

A Pedro Páramo (1955) de Rulfo le ha salido una hermana gemela, en su viaje solitario hacia la eternidad, la novela Nada (1944) de la gran escritora en lengua española del siglo veinte, Carmen Laforet. Apenas, diez años separan la publicación de la novela de la española silenciosa de la aparición de la obra excelente del mexicano. Pero, no es la coincidencia en el tiempo la única afinidad que existe entre dos de las novelas más importantes escritas en nuestra lengua. Varias son las casualidades literarias y biográficas, entre los dos autores más silenciosos de la tierra. Que Nada es una novela excepcional en el panorama narrativo mundial ya iba siendo hora de aclamarlo públicamente, sobre todo, después de haberse olvidado de ella cuando la autora vivía, silenciada por sus circunstancias de vida y sus sueños de escritura.

En la década de los noventa, hubo muchos libreros británicos que manifestaron su protesta por la falta de lectores interesados en comprar libros de Virginia Woolf. La solución a este problema fue la aparición de una película americana (Las horas) que llegó, como el dios del consumo, a resucitar a la escritora para la audiencia lectora.

Carmen Laforet, siendo muy joven, tuvo el privilegio de escribir una obra maestra y este éxito, no tanto de ventas como de calidad literaria incuestionable, tuvo sus puntos negros peligrosos y decisivos para confinar al silencio a la narradora más importante de las letras españolas contemporáneas.



Tertulias Literarias

¿Cómo escribir otro libro que pueda superar el éxito literario del primero?

Tanto la española como el mexicano tratan desesperadamente de hacer lo más difícil. Escribir una novela que supere la destreza de la anterior. Carmen Laforet lo intenta con *La isla y los demonios* (1952), con *La mujer nueva* (Premio Nacional de Literatura, 1956) y muy posteriormente, con *La Insolación* (1963). Novelas importantes y que, sin embargo, no encuentran respuesta de público y de crítica.

¿Qué sucede? ¿Qué clase de demonio hay detrás de este sospechoso mutismo?

A la autora le disgusta todo lo que escribe. Se encuentra sola. Se sabe marginada por sus colegas escritores, varones en su mayoría, que no toleran tener como rival a una autora de insuperable calidad. “Estoy pensando en Cela, por ejemplo, que no soportaba que se uniera su Familia de Pascual Duarte con Nada y que hacía lo posible para que se silenciara”, cuenta Marta Cerezales Laforet, hija de la escritora.



Pese a tener el mundo literario en contra suya, Laforet siente el deber y la necesidad de seguir escribiendo. Ella es una escritora verdadera. Una madre verdadera. Una mujer “nueva”. Supone que podrá alternar la devoción de madre con la de escritora. En sus diarios personales y en sus cartas dirigidas a su querido amigo el escritor Ramón Sender cuenta sus propósitos:

“Quisiera escribir una novela (pero no antes de dos años o cosa así) sobre un mundo que no se conoce más que por fuera porque no ha encontrado su lenguaje...Las pobres escritoras no hemos contado nunca la verdad, aunque queramos. La literatura la inventó el varón y seguimos empleando el mismo enfoque para las cosas. Yo quisiera intentar una “traición” para dar algo de ese secreto, para que poco a poco vaya dejando de existir esa fuerza de dominio, y hombres y mujeres nos entendamos mejor, sin sometimientos, ni aparentes ni reales, de unos y otros... tiene que llover mucho para eso. Pero, ¿verdad que está usted de acuerdo, en que lo verdaderamente femenino en la situación humana las mujeres no lo hemos dicho, y cuando lo hemos intentado ha sido con lenguaje “prestado”, que resultaba falso por muy sinceras que quisiéramos ser?”

Así piensa Laforet en 1967. Tiene muy claro en qué consiste la creación literaria y confiesa su voluntad de

adquirir un lenguaje original. Una voz propia. Nos preguntamos entonces: ¿Qué estará sucediendo para que la vida y los años vayan minando sus deseos de escritora? ¿Dejó de necesitar escribir con las exigencias que Rilke le reclama a un joven poeta? “Confiese si no le sería preciso morir en el supuesto de que escribir le estuviera vedado”.

Que el éxito mata al escritor es un axioma a tener en cuenta, pues la fama es un demonio que no viaja en solitario.

¿Qué le ocurre a la escritora que parece desaparecida del mapa? Por sus cartas a Sender, exiliado en Estados Unidos, y las confidencias de sus hijos Marta, Cristina y Agustín Cerezales sabemos que la situación de España y de la crítica literaria en este país, durante los sesenta y setenta, influyeron muy negativamente en el trabajo de creación de la escritora.

Se queja con razón de las “envidias, enemistades y rencillas” del medio literario. Su hija Cristina trata de explicarnos las razones del silencio.

“¿Pueden estas circunstancias desviar a un escritor de su vocación? Muchos lectores se han preguntado sobre el motivo del silencio literario de Carmen Laforet. Yo diría que en la vida de mi madre, tan ansiosa de libertad e independencia, tan deseosa de recuperar la alegría y la despreocupación que formaban parte indisoluble de su carácter, estas actitudes insidiosas fueron minando su espíritu y su entusiasmo”.

Estos modos de comportamiento contribuyeron a la inseguridad de la escritora. A diferencia de otros autores, a Laforet le interesa, sobre todo, la literatura. No se siente en competencia con nadie. Y le hieren los comentarios y las críticas que empiezan a surgir a su alrededor.

Toma una determinación:

GRUPO A



Tertulias Literarias

Decide no conceder ninguna entrevista. Resolución que mantiene de forma categórica hasta el final de su vida. Determinación que, al contrario de lo que posteriormente ha sucedido con otros grandes escritores (pienso en Salinger, o el mismo Coetzee) cuyo silencio voluntario actúa como arma mediática, en el caso de Laforet la hunde en la invisibilidad absoluta.

Como le sucede a Rulfo, tampoco Laforet es luchadora. Y ella suele confesar que es poco trabajadora. La separación con su marido, el periodista Manuel Cerezales, aumenta su inseguridad y parálisis. "Mi economía anda muy mal, porque no he trabajado nada, pero es posible que se arregle. Y así, de indecisión en indecisión de lo que voy a hacer, se me pasa el tiempo sin escribir ni cartas ni artículos que me pide Destino y que tengo, pero una vez terminados, los encuentro imposibles".

Al igual que sucede con Juan Rulfo, Carmen Laforet trata de buscar el equilibrio en sus hijos. Declara que ellos son lo más importante de su vida. Se refugia en su familia, ahora rota por la separación del marido, y hace de esta devoción la excusa de su silencio literario. Sus hijos crecen, viajan al extranjero. Carmen se convierte en vagabunda. Lleva su orfandad a cuestras. Es una desheredada. En lugar de escribir, asegura que viaja a Roma, París, Alicante... para escribir o decir(se) que escribe. Cada uno de sus viajes contiene en su maleta un propósito de escribir novela. Se obsesiona con escapar del país, si bien es cierto que su situación familiar, de la que disfruta, la tiene anclada a esta tierra. Se pasa la vida prometiendo que escribe, o que escribirá, o que está escribiendo, terminando su trilogía: "Voy a ver por mi parte si hago como Pizarro y emprendo la marcha a conquistarme yo misma, y a volver a hacerme escritora, que, dentro de todas mis limitaciones, parece que es lo que me va más".

En lugar de hacerlo, Laforet viaja, emprende su fuga hacia el silencio. Su viaje a la escritura se transforma en una huída de la escritura. Mientras dice que busca soledad, independencia, dinero y una habitación propia donde escribir, su vida inicia el gran viaje hacia la melancolía. La enfermedad final de los escritores silenciosos.

¿Hasta qué punto contribuyeron a su enfermedad depresiva las circunstancias externas que rodearon a la escritora?

En mi opinión, de una manera determinante. La inseguridad, el miedo al fracaso, la invisibilidad a la que es sometida por el medio literario, la envidia y demás zancadillas de colegas y editores fueron factores definitivos. Laforet es una mujer nueva. De inteligencia talentosa y cultivada a la manera que lo fueron Virginia Woolf, Jean Rhys o Katherine Mansfield, pero sin un hombre-compañero a su espalda para protegerla o ayudarla en esta sociedad de individuos que desprecia cualquier rasgo de independencia femenina. Otra intrusa. Otra deslenguada.



Mientras se encierra en su sordina creadora, sorprende comprobar la lista de proyectos novelísticos de la escritora que contrasta con el silencio absoluto que sobre sus novelas manifiesta Ramón Sender, como puede observarse en la correspondencia hermosa que mantienen ambos escritores. Sender, que no cesa de escribir y publicar novelas, jamás hablará de ellas antes de que salgan a la luz. Sin embargo, es propio de los escritores silenciosos como Carmen Laforet y Juan Rulfo hablar y escribir de lo que no están llevando a cabo, por mucho que propaguen sus aspiraciones, como si con ese ruido quisieran asesinar el demonio del silencio.

En su estudio sobre la autora, Israel Rolón nos habla por primera vez del conflicto emocional de Carmen Laforet.

"Parece claro que la separación matrimonial que ella misma deseaba, y que es también un símbolo de ruptura con la España de Franco, en combinación con la falta de ambiente adecuado y de una estabilidad económica, la llevan a sufrir un conflicto emocional que le impide continuar con los planes literarios que tenía trazados en su agenda".

Como Rulfo, Laforet se siente silenciada por sus colegas, agobiada por la economía, presionada por la fama de su novela *Nada* y su alto nivel de autoexigencia.

De otra parte, los silenciosos se sienten cuestionados y atribulados por las demandas de sus lectores y amigos, que se niegan a comprender este no enfermizo a la escritura.

Sender trata de animar a su amiga española: "Temo que anda usted buscando el lado perezoso del oficio (crónicas, conferencias, etc.). No le ecurra el bulto a la novela, porque ahí es donde hace usted maravillas. Claro es que cuesta trabajo, pero es importante para todos, especialmente para los lectores que esperamos libros nuevos de usted. Supongo que no le faltarán a usted excusas". Y le pone como ejemplo a Tolstoi y su silencio de los últimos años. "Lo que le pasaba era que una novela le costaba diez veces más trabajo que un ensayo, pero lo que ha quedado es Ana Karenina, Guerra y Paz, etc..."



A Laforet ya no le quedan pretextos para el silencio del artista. El miedo a dejar de escribir, a no poder escribir, tiene sus razones. Es posible que también sus reglas para evitarlo: ¿Cómo actuar para no ser atacado por el tedio de la no escritura? ¿Cómo regular la parte creativa del cerebro, ese lado fértil del “inconsciente” que nos lleva lo más cerca posible del libro verdadero? Caso de que hubiera modos de vencer el demonio del silencio, ¿los conocían ellos, los escritores de novela única, los anti suicidas del reino literario?

Laforet como Rulfo dispusieron, a su manera, su muerte literaria. Sus talentos creadores determinaron el principio y el fin de su biografía, nacieron con su novela y murieron con ella. Como poetas suicidas colocaron la palabra dentro del horno de gas y terminaron con ella. Vivieron dos vidas. Morirán dos veces. Pero, la pregunta que sigue asaltándonos a lectores y escritores es: ¿pudieron evitarlo? Es posible, de haberse permitido ser pensadores de sí mismos, revisores de su propia ansia de obra. O, tal vez, no. Porque la obra estaba en ellos mismos, ellos formaban parte de la tarea creativa.

Rulfo encubrió cuánto pudo su depresión melancólica. Casi nunca habló de ella. La pasó por alto. Formaba parte de su sabiduría poética. Enmudeció y punto. Se dedicó a viajar y a la fotografía. Se movía por el mundo como el gran escritor que era. Sus colegas terminaron por reconocer su obra inimitable.

Los colegas de Laforet, caso de haberlos tenido, no tuvieron tiempo ni ganas de reconocerle mérito alguno.

Laforet no tiene tiempo para explicarse lo que le está sucediendo. Aunque conoce a la perfección las causas de su desesperanza, como escritora sabe muy bien que será incapaz de luchar contra ellas. El país donde vive es España. Un país de clérigos, caciques, militares y amanuenses. Un país en el que la Modernidad que vive Europa, pasará de largo. Y ella, es una mujer solitaria, independiente, sensible, ajena a cualquier estrategia de poder. Una escritora. Nada más y nada menos. Una madre de familia, también. A la manera de Sylvia Plath, poeta bella y talentosa, cuyo suicidio pocos comprenden todavía, Carmen Laforet eligió una especie de muerte en vida.

Lentamente, su depresión, sin tratamiento, irá derivando en una enfermedad mental que la apartará del mundo. En sus cartas hay avisos. En 1975, al final de su correspondencia, le dice a Sender: “¡Sigues publicando libros! ¡Te admiro muchísimo! Yo tengo que salir de ese vaso de agua psíquico en que me ahogo. Saldré si Dios quiere”.

Y no quiso. Hasta se diría que fue la misma literatura el fantasma ocupado de llevarse a la escritora a su paraíso de novela.

Una vez más, viene a demostrarse, que el arte, vida y literatura navegan juntos y, si es el caso, naufragan hermanados.

Es muy posible, según se enteraron mis oídos, que a Camilo José Cela le hubiese peligrado el Premio Nobel de no haberse dedicado él y sus cofrades en acallar la voz de la gran rival.

En ocasiones, no puedo evitar hacerme la suposición siguiente: Pongamos por caso, que el Premio de la Academia hubiera recaído en Carmen Laforet, tal y como habría podido suceder si los demonios no hubieran actuado en su contra. Sin duda, el reconocimiento internacional que hoy tiene su obra se habría adelantado varios años. Sin embargo, algo más hubiera ganado la literatura en lengua española, una distintivo del que otros países del mundo van sobrados: la confirmación de que tampoco en literatura la genialidad es solamente un atributo masculino.

Fontes:

<http://www.carmenlaforet.com/>

http://elpais.com/diario/2010/05/15/cultura/1273874403_850215.html

<http://susanborobio.blogspot.com.es/2010/06/revista-caleta-dedicada-carmen-laforet.html>

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>